



DURMIENTES

Sara Rosenberg
asume
distintos ritmos

Página 3



CONTRATAPA

El frasquito,
un relato
de Luis Soto

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 90 | JUEVES 22 DE AGOSTO DE 2013



Ricardo Piglia

Un complot del tercer milenio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SE LANZA EL FESTIVAL INTERNACIONAL DE LITERATURA FILBA

Tobias Wolff, Simon Reynolds, Delphine De Vigan, Sergio Sant'Anna, Raül Zurita y Pedro Lemebel son algunos de los más de cien escritores que participarán de la quinta edición del Festival Internacional de Literatura de Buenos Aires (Filba), que se celebrará del 25 de septiembre al 2 de octubre. El festival—que desde 2008 reúne a escritores de todas partes del mundo—, se desarrollará por primera vez en Buenos Aires

y Santiago de Chile simultáneamente, con el objetivo de profundizar en los vínculos literarios entre los dos países. Además, como el país invitado será Colombia, participará una comitiva de autores colombianos que recorrerá los distintos procesos políticos, sociales y literarios de América Latina a lo largo de su historia, y también la obra de autores clásicos como Gabriel García Márquez y Andrés Bello.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 22 DE AGOSTO DE 2013

Un complot del tercer milenio



→ PABLO E. CHACÓN

El escritor argentino Ricardo Piglia no sólo se alzó con el Premio de Literatura chileno Manuel Rojas sino que está grabando para la *TV Pública* un especial sobre Jorge Luis Borges y acaba de publicar acaso su novela más interesante desde que volvió definitivamente de los Estados Unidos a vivir a la Argentina, *El camino de Ida*.

El libro, publicado por la casa Anagrama, recupera la (nunca perdida) figura de Emilio Renzi, aquel investigador y escritor que apareciera en *Respiración artificial*, esta vez en una suerte de intriga ambientada en un campus norteamericano, con mujeres fatales y complots a un ritmo imparabla.

“*El camino de Ida* es una intriga literaria que deriva en otra policial”, dice el escritor en diálogo con *Títam*, “pero como verás, el centro de la cuestión es un acertijo intelectual. El espacio de la universidad, del pueblo donde va a dar Renzi, entre Philadelphia y Nueva York, era el ideal para desplegar el asno”.

Piglia nació en Adrogué en 1940. Es profesor emérito de la Princeton University, Estados Unidos. Licenciado en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Unlp), también ha dado clases en la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Dirige colecciones desde los 60y en la actualidad, la “Serie del Recienvenido” en el Fondo de Cultura Económica.

Entre sus libros, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *Bianco oscuro*, *Nombre falso*, *La invasión*, *Prisión perpetua*, *Crítica y ficción*, *Formas breves y el último lector*. Prologó también los *Cuentos completos* de Rodolfo Walsh.

Ante la pregunta por la forma del supuesto complot que atraviesa la nueva novela, el escritor asegura “no haber pensado que podía leerse así. Pero es cierto. El tipo que manda cartas con explosi-



EL CAMINO DE IDA. PREMIO MANUEL ROJAS PARA LA NOVELA MÁS INTERESANTE QUE PUBLICÓ PIGLIA DESDE SU REGRESO DEFINITIVO DE LOS EE.UU.



La misma lógica que produce a un tipo como el Unabomber, produce a un Snowden o un Manning. Es distinto en Inglaterra, donde cantidad de intelectuales a veces trabajan para el gobierno pero nunca son muy fiables. El caso de Graham Greene es notable: cocainómano, opiómano, amigo de Torrijos...

vos es el representante de un terrorismo nuevo, ubicuo, una amenaza constante en un mundo vigilado hasta la médula”.

Sin dudas, la figura del Unabomber fascinó a Piglia. “Pero fíjate que en un país que se dedicaba a escuchar y espiar a todo el mundo (como hace todo el mundo), el tipo pasa veinte años sin que lo encuentren. A él, como a Bradley Manning lo traicionan, lo venden. Lo vende su propio hermano”.

“Manning, a quien le inventan una enfermedad y torturan, se había asqueado de Irak, y reacciona como suelen hacer los norteamericanos: indignándose. Lo habrán enloquecido para que termine pidiendo perdón. Pero Kaczynsky, mentes superior, es ejecutado”, dice el narrador.

Y agrega que “con el aparato militar corporativo y la inteligencia que tiene atrás, es muy difícil que un presidente de los Es-

tados Unidos tenga demasiado margen de maniobra. Yo diría que no tiene casi ninguno”.

Lo que intenta argumentar Piglia es que “la misma lógica que produce a un tipo como el Unabomber, produce a un Snowden o un Manning. Es distinto en Inglaterra, donde cantidad de intelectuales a veces trabajan para el gobierno pero nunca son muy fiables. El caso de Graham Greene es notable: cocainómano, opiómano, amigo de Torrijos...”

Pero es en ese punto que el escritor hace que su novela articule la historia. “El Unabomber había leído más de veinte veces *El agente secreto*, la novela de Conrad, un furibundo antianarquista. Quería entender cómo funcionaba la cabeza de los antianarquistas. De hecho, el FBI sabía que el hombre le había leído a Conrad. Pero no encontraba el nexo”.

Es donde entra la inolvidable Ida Brown de la novela. “Ella se olvida o le deja a Renzi un ejemplar de *El agente*... todo marcado. Renzi sólo sospecha. Renzi está

enamorado. Entonces se destaca del Unabomber. Queda en el aire que ese hombre de los montes y la sofisticada intelectual de la Ivy League hayan sido cómplices. El nexo—para Renzi—es Conrad”.

Finalmente, Piglia agradece a los chilenos el premio Manuel Rojas. “Debo estar convirtiéndome en un escritor viejo, por eso me dan premios”, asegura, “pero bienvenido: quiero mucho a Manuel Rojas, a su literatura arriana, cercana a la de Bernardo Kordon”. “¿El dinero? “Para la literatura. Ahí están los cuatro tomos de la biografía de Greene”.

“Pero lo más importante es que estos premios permitan la circulación de la literatura latinoamericana entre los latinoamericanos y que no siempre los catálogos estén ordenados por listas de merced desde los poderes centrales”, concluye el autor de *El camino de Ida*.



EL ESPACIO COMO PERSONAJE

En *Rough Ruifsh*, el escritor Pablo Judkovski continúa la serie de novelas con protagonistas que aparecen y reaparecen, esta vez metidos en la construcción de un muelle donde la desolación y la intemperie componen un espacio que es el personaje que acompaña a esas almas perdidas. El libro, publicado por la casa Crack-Up, titulado tal cual una onomatopeya, explora una suerte de fin de mundo en el sur

del país, habitado por unos solitarios, abandonados o dejados de lado por la máquina de la producción y el consumo, sostenido en una fragilidad que sólo orienta. Judkovski nació en Buenos Aires en 1971. Publicó las novelas *Mar para Bastián*, *Hiermal*, *Passa y Enero en Bernabé*. "Creo que en todas mis novelas los escenarios no sólo acompañan a los personajes, sino que se erigen en uno de ellos", sostuvo



JUEVES 22 DE AGOSTO DE 2013 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



ESTRELLA DEL NORTE. "ME GUSTA LA LENTITUD. EL VIAJE TARDEBA MÁS DETREINTA HORAS Y ME PERMITIÓ CONOCERLO AL RITMO DE MI OJO, DE MI CORAZÓN, DE MI RESPIRACIÓN Y DE MIS PASOS".

Sara Rosenberg asume distintos ritmos en *Durmientes*



JORGE
BOCANERA

Con una respiración semejante al traqueado del tren, el libro *Durmientes* (Apuntes de viaje) de la escritora tucumana Sara Rosenberg, asume marchas diferentes con ritmos de relato, crónica, guion cinematográfico, poesía, apunte histórico, fotografía y diario íntimo, en un ejercicio que parte de lo fragmentario para confluir en una mirada crítica del entorno.

Rosenberg, presa política durante la dictadura militar, exiliada luego en México y Canadá, y residente en Madrid desde 1982, acaba de presentar en Tucumán *Durmientes*, a cargo de la Editorial El Cruce Cartanero (libros artesanales de gran calidad de impresión y encuadernación) una de las actividades desarrolladas por la Asociación Civil Crecer Juntos.

Escritora, fotógrafa y artista plástica, Rosenberg publicó, entre otros libros, las novelas *Cuaderno de invitadas*, *El día del teatro*, *Contrafuz y La vida alista*. Además, su obra de teatro *Triplio* obtuvo en Italia el premio "La Escritura de las diferencias" en 2006.

Durmientes muestra la libertad expresiva de Rosenberg en el des-

pliegue de los diferentes géneros que convoca, a partir del eje —un viaje a Tucumán en el tren Estrella del Norte— que asume el formato de guion literario, y que apela también al relato breve y a la reflexión política. Este es el diálogo que nace con *Télem*.

***Durmientes* es, por la orquestación de géneros, muchos libros a la vez, con la historia del viaje en el centro. La frase "siempre estoy en algún punto de partida da cuenta de ese tránsito. ¿Qué representa para usted el viaje?"**

El viaje es una manera de ver y qué quizás ayuda a normalizar ciertas cosas, a observarlas con la curiosidad y la inocencia que Felisberto Hernández le otorgaba al amor. Me siento bien en esa situación de ser un ojo y un oído atento a lo que me encuentro y a los que me acompañan en el camino. Además, paso mucho tiempo cultivando lo que recolecto.

Estar en algún punto de partida se refiere a la capacidad de interrogarme y de interrogar lo que sucede. No me interesa producir un texto sin un trabajo con sentido de aprendizaje, de investigación y de crítica. La escritura —

o en este sentido es un campo de pruebas, una zona abierta a las dudas y al conocimiento.

Y sobre los géneros, nunca me han preocupado, siempre los mezcló de modo natural. Las palabras y las imágenes cohabitan bien. Creo que la cultura hegemónica, necesita separar y crear productos y categorías que son funcionales sólo al mercado; esa separación afecta el aprendizaje y la transmisión de la experiencia.

Usted confronta sueños y realidades, avances y retrocesos en el paisaje de un país hasta no hacer mucho modelado por el despojo. ¿Cómo se da este regreso al país y como es, según sus propias palabras, recuperar la música de la lengua? Desde que pude regresar, lo hago casi todos los años. El país es en cierta forma la infancia, la adolescencia y una memoria compartida; retornar a la memoria de los otros cuando has pasado mucho tiempo siendo "nadie", como le dice Ulises a Polifemo. Están los afectos, las ausencias.

La lengua como la mirada es un terreno de estar con otros, también una música. Mi acento y mi léxico noroeste están mezclados con otros de América Latina y también de España. Cuando vuelvo recupero viejas palabras y hasta un modo del silencio que es

significativo, y que ignoro de qué manera, influye en mi escritura.

Llama la atención la descripción del tren y sus vagones —el de carga, el comedor, el de pasajeros— como habitaciones de una casa, y las estaciones como salas de teatro. ¿Hay un homenaje implícito a "La Estrella del Norte" y a los trabajadores de Tafi Viejo?

El libro, resultado de varios viajes entre 2002-2003, está dedicado, sí, a los trabajadores, a los que construyeron vías, piezas mecánicas, puentes, señales y palabras. A los invisibilizados, a los creadores de lo que existe.

Los talleres de Tafi son y siguen siendo una ruina y por lo tanto un tema pendiente; la destrucción del tren y el cierre de los ingenios en Tucumán son parte del proyecto neoliberal que produjo tanta miseria y sufrimiento; hay que enfocarlo como un tema que hoy tiene que ver con recuperar la soberanía económica, política y social.

Me gusta la lentitud. El viaje en tren tardaba más de treinta horas y me permitió conocerlo al ritmo de mi ojo, de mi corazón, de mi respiración y de mis pasos. Hablar con la gente, recolectar voces.

Nada que ver con un avión. En los aviones no puedo pensar, son demasiado rápidos y sólo me dan ganas de no estar, viajar ausente.

Volviendo al viaje como desplazamiento en libertad, una línea del libro advierte sobre un deseo que es a veces visto como enfermedad; un modo de cercenar que va de la mano de la postergación de los excluidos que usted enumera: indios, negros, "cabeceitas"...

En la sociedad capitalista, el deseo se mata y se alimenta consumiendo. Yo hablo del otro deseo, el que mueve lo propiamente humano: crear con los otros, preguntar, descubrir, transformar las situaciones. El deseo que no se inscribe dentro de las lógicas del mercado es visto como enfermo porque no se casa de manera individual, ni entra en el circuito de la adicción que el mercado requiere.

El sistema excluye, explota, deshumaniza, responde sólo a la ley de la máxima ganancia. En América Latina hubo una larga resistencia que hoy está dando frutos en movimientos sociales y en organizaciones y activismos. Otro mundo está siendo posible porque grandes masas que sólo tenían el derecho a morir de hambre, hoy tienen voz y son cada día más conscientes y más dueñas de su destino.

El joven escritor chileno Juan Pablo Roncone desembarca en Argentina con *Hermano ciego*, un libro de ocho relatos de prosa precisa, vital, fragmentaria que juega al mismo tiempo con el ardor cinematográfico de la búsqueda de la secuencia perfecta y le entrega al lector un entretelido conectado y oscuro, de asimilación inmediata. Roncone pinta circunstancias que van desde los secretos sexuales

de un trío de amigos que se develan ante la insólita presencia de un canguero en el medio de una ruta, pasando por un hombre que acude compulsivamente a grupos de ayuda y recae en una sesión de espiritismo con padres que perdieron a sus hijos, hasta la historia de un peluquero que ya no puede soportar que quien atropelló a su hijo tenga a los suyos sanos.



CONTRATAPA

→ LUIS SOTO

El frasquito

“**N**i se te ocurra seguir a esa mina... Te fichó, sí. Siempre marca a alguien, pero en cuanto el tipo se arrima, ella histérica”, informa Burke desde una mesa del bar “La nurserie” que da a un ventanal. Egidio Pairoux dice que le pareció interesante, que no tiene tiempo. “Aviso que te dieron mal fichado un cheque y viste que volver a que lo corrigieran”, improvisa Burke. “A mi edad, que me vean de corsario por la calle...”, dice Egidio. “Te acabás de separar de Irma. Cuatro años de agonía”, es argumento de Burke. Y ante las dudas propone un seguro: “yo te sigo a unos pasos, por si se hace la arisca; como en el circo, los trapacistas saltan con red”.

Egidio Pairoux avanza por la calle Paraguay. Ajena a las cautas intenciones del hombre, Leonor Sartori camina sin apuro mirando vidrieras. Temperatura, 19 grados, informa un cartel luminoso y provoca el antojo de saborear un helado de sambayón. Al rato reanuda la marcha al ritmo que demanda el equilibrio del cucurcho que enarbola como una tea. Dos o tres veces Egidio se pone a la par de la mujer, buscando su mirada, pero los ojos de ella sólo apuntan a la cresta amarillenta que corona el helado.

Acaba de completar la novena cuadra de seguimiento. Se da vuelta y ve que a unos metros, con aire distraído, avanza Burke. Querría preguntarle hasta dónde van a prolongar el callado operativo, él, lanzado a la presunta carcería de la mujer; el amigo en su rol, mezcla de escolta y voyeur. “De Ayacucho no paso”, se dice. Pero cuando Leonor cruza esa calle, ya desprendida del helado, resuelve fijar mejor firme. Rodri-

go Peña. “Qué sentido tiene este juego si ni siquiera me vio. No existo para esta mina”, pisotea trampas Egidio. Hasta que la mujer entra en una farmacia. “Ahora sí, me presento y en cuanto salga la atraco. Denuedo y confianza, y nada de ansiedad. Tengo que preparar en detalle qué voy a decir, sobre todo la primera frase, esa que define la parada”, arma el plan de abordaje.

Se detiene en la puerta de la farmacia y observa a la mujer. Unos 45 años, piernas de solidez acentuada por los jeans de color, excelentes botas, cara sin curvas, como hecha de catetos, melena lacia. La insistencia tiene éxito: Leonor posa una mirada furtiva en el hombre. “Ya está”, piensa Pairoux y plumería las fibras de seductor que pueblan su alma de varón argentino. Sale por fin Leonor en fila lentamente hacia Arenaltes. Egidio acelera el paso y esbozando una sonrisa se para frente a ella.

—¿Necesita algo? —atina a decir la mujer. Privado de tomar la iniciativa Egidio tarda en reaccionar. La frase elegida para encalar a la mujer ya es un fetu volcánico nadando en formal.

—Saber— responde incómodo.

—¿Saber o averiguar?

—Saber qué compró en la farmacia.

—Una mujer compra siempre lo mismo en una farmacia: un pote de crema, champú, limas...

—También medicamentos— se aparta Egidio del guión.

—Vea, señor, usted no es quién... O sí, tal vez sea quién.

—¿De dónde me conoce?

—La ubico en Santa Fe y Callao.

—¿Haciendo qué? ¿Tengo cara de persona que golpea una lata para decir lo que piensa?

—No sé qué le pasa, usted. Podría

haberla visto en San Nicolás de Bari. Mucha gente entra a un templo en busca de silencio, depaz, no importa el signo religioso.

—Sí piensa que soy gorila no hay diálogo posible— plantea la mujer.

—En política ya no insinúo, denuncio. Vamos al recital de latas: amo el jazz y conozco a los mejores baxistas: Jack DeJohnette, Max Roach, Art Blakey. Desprecio el ruido primario, vulgar, mucho más si pretende marcar ideología.

—No sé si creerle. Me molestaría que recitara a cualquier verso con tal de llegar a...

—¿A qué?

—Levante dice, ¿no? Porque usted se acercó en actitud de levante.

—En usted, suena mal levante. Desafina. En política internacional Levante (con mayúscula) es zona de permanente conflicto. Y yo ando saliendo de un grave conflicto. Es suficiente con ése. Me llamo E. Pairoux. No tengo vocación de don Juan. Me dan miedo las enfermedades infecciosas. Por eso pregunté que había comprado. Egidio siente que está yendo de lo que pensaba decir.

—Soy una señora sana. En realidad, soy viuda, pero sana. Son horribles esas enfermedades. Una mujer de su casa, nunca... Mi nombre es Leonor.

—No está enferma, entonces.

—Desde que tuve un fibroma, en el '98, no consulté más a una ginecóloga— dice la mujer.

—Dígame, Leonor... Egidio trata de tomarla del brazo, ella se aleja.

—Quiero ser honesta. No escucho bien del oído derecho. Por eso giro la cabeza hasta encontrar la mejor posición. Eso es irremediable. Además, en realidad, vivo en un barrio pobre. Me gustaría

nos dientes, pero resulta que no soporto las prótesis.

—Yo tengo una hernia hialal. Y desde el 2001 se me cae el pelo. Le cuento, también, que estoy separado. Son procesos...

—Avatares son. O cicatrices.

—A propósito de su fobia, leí que el Vaticano estudia la aprobación de un nuevo mandamiento.

—El último “no” de la Iglesia...

—No crea. No cae en prohibición, ni censura. Al contrario, desborda piedad, una piedad tecnológica. “Ama a tu prótesis como a tu mismo”, sería el texto.

—Gloria y loor, cantábamos de niños, ¿recuerda? Sobre todo loor. ¿Sabe qué, E. Pairoux? Las prótesis, para una señora viuda, encierran una especie de... No me atrevo.

—Pudo plantearlo del levante...

—Es cierto. Una especie de tentación, vendrían a encerrar. Tentación libidinoso.

—¿Cómo sigue su día, Leonor?

—Está oscureciendo.

—¿Y eso qué modifica?

—Nada. Le expliqué: soy viuda,

pero de su casa— dice la mujer y le da la espalda, saca un espejo con la yema del índice empareja el rouge de los labios.

—En este momento yo no tengo casa. Vivo en lo de un amigo— confía él, y una pausa los chupa como una ciénaga de 8.17 a 8.24.

—¿Sabe qué, Leonor...? Podemos encontrarnos el viernes— sugiere Egidio a las 8.26. Como no olvida la advertencia de Burke, se resigna a valorar el avance logrado. Leonor no contesta.

—En realidad, E. Pairoux...

—Superado el prencipal, no sé qué espera... se uelta Leonor Sartori a las 8.31, mientras mueve agilmente los dedos en el interior de la cartera empujando hacia el fondo el frasquito de ciprofloxacina.

